



El tránsito de la identidad de género en *El verbo J* de Claudia Hernández

ÁNGELA BOBADILLA¹

La voz narrativa en el libro *El verbo J* relata la historia del/la protagonista de la historia mediante capítulos denominados por distintos pronombres. Es importante tener en cuenta esta construcción narrativa, ya que las distintas voces presentan, como denomina Genette, una focalización interna en el relato, las cuales van dando forma a la mirada que tienen los demás personajes con respecto al/la protagonista.

¹ Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado. Ha

En cada capítulo vamos conociendo la vida de J desde la mirada de los otros, pero también desde la perspectiva del/la protagonista. Y, como dice Sebastián Reyes “mediante la ambigüedad de las voces y la desaparición de los nombres propios, se atraviesa, cruza y transita por distintos espacios, tiempos, identidades y grupos sociales, alternando distintas fronteras y divisiones” (32).

Partiendo del capítulo denominado “YO”, nos enfrentamos a una analepsis que cuenta la relación de el/la protagonista con sus padres y su orientación homosexual, lo que podemos leer en la siguiente cita cuando habla de su madre: “Le indignaba que me gustaran los hombres, aunque en ese entonces yo no estaba enterada de mis preferencias [...] Sabía nomás que me gustaba estar con los niños [...]. El roce o la simple vista hacían que sintiera lo que

publicado la entrevista “La estrategia de Mar Petryk” en la revista de Letras en Línea.

ahora de vieja ya no siento, algo acá en el estómago (10).

La atracción que el/la protagonista siente por los hombres, es expresada mediante su propia corporalidad, al sentir estas mariposas cuando tiene acercamientos con ellos. Por otra parte, en esta cita podemos leer el primer acercamiento a la marca de género femenino en él/la protagonista cuando hace referencia a sí misma como “vieja”, denominándose misma como mujer dentro de su espacio comunitario.

Además, en este capítulo también nos podemos dar cuenta de una violencia subjetiva –denominada así por Žižek– al revisar los siguientes fragmentos: “También me pegaba por la manera en que me sentaba [...]. Mi madre decía que habían heredado el cuerpo de mi padre [...]. Yo, en cambio, heredé la figura de ella. Tampoco era mi culpa, pero igual me pegaba por eso” (23). Aquí podemos ver cómo la violencia es ejercida por una madre que encuentra afeminado y poco hombre a su hijo, por lo cual, para corregir este comportamiento recurre a los golpes.

En el capítulo “TÚ”, nos encontramos con la perspectiva de la amiga y compañera de casa de el/la protagonista. Desde esa voz narrativa, podemos leer lo siguiente: “pero en verdad tú ibas al parque [...] a escuchar de lejos a los hombres que se veían ahí con otros hombres [...] y a dejar caer la biblia para estar con ellos. De pie con ellos. De rodillas con ellos. Una y otra vez” (42). En este capítulo podemos ver cómo la autora rompe con el ideal canónico del hombre heterosexual cristiano, para dar cuenta de una narrativa transliteraria representando a un sujeto que deja caer la biblia para estar con otros hombres. Aquí podemos ver, como dice Ruiz que: “Estos personajes muestran formas particulares de resistencia contra la marginalización, la discriminación, la sujeción, la dominación y la explotación

de las cuales son víctimas, aunque en el proceso, al transgredir las fronteras de lo permitido y legal, se (auto) violenten aún más” (96).

Esta trasgresión de lo permitido y no permitido a la que hace alusión Ruiz es una constante en la novela, pues el/la protagonista se va a ver enfrentado a situaciones violentas que marcarán tanto su cuerpo como su espíritu de por vida. Es así como, en el capítulo “ÉL” los lectores podremos leer dos situaciones de violencia. La primera se presenta cuando J, es llevado a la casa de un hombre adinerado. Al lugar acuden distintos individuos para ganar dinero mediante la prostitución, y J también se integra a esta forma de obtener dinero. Mediante la focalización interna se da a conocer lo siguiente:

Él lo intentaba, pero había momentos en los que ya no podía disimular que no quería estar ahí ¿Qué te pasa, cariño? ¿Tienes algún problema? El problema era que estaba ahí en contra de su voluntad. Hacía lo que hacía porque el cuerpo se lo pedía, pero eso no implicaba que lo disfrutara. No quería estar más con ese hombre. (61)

En este fragmento, podemos leer cómo el/la protagonista se identifica a sí mismo con el pronombre él; de esta forma, podemos considerarlo como un hombre. Ahora bien, la violencia ejercida en esta parte de la narración es una violencia física pero también simbólica, puesto que la violencia aquí se encuentra relacionada con la corporalidad del protagonista, y vinculada a lo performativo. Para Butler en el libro *Deshacer el género*, define que la performance se expresa mediante la corporalidad de los sujetos, en donde género y sexualidad se muestran frente a otro. Por lo tanto, en este fragmento, podemos dar cuenta de una violencia que es mediada a través de un

cuerpo transgredido sexualmente por otro y este acontecimiento se da cuando el/la protagonista se designa a sí mismo como hombre.

Este tipo de violencia sexual no solo ocurre en este momento del relato, pues mediante una analepsis el/la protagonista nos da a entender que ha ocurrido varias veces, como lo dice en el siguiente fragmento:

Hizo lo que el dueño le pidió y después tomó, billete a billete [...]. Tú eres el mejor, le dijo. Ah, ¿sí? El hombre que tenía a su madre en silla de ruedas en su casa le decía lo mismo. Eres el mejor. No hay duda mi rey, lo eres. También se lo decían el hombre con el periódico bajo el brazo que lo había llevado a esa casa y un tercer hombre que también vivía ahí. (66)

La segunda situación de violencia es cuando un compañero de trabajo golpea a J y la hermana de el/la protagonista se da cuenta: “¿Qué te pasó? ¿Quién te golpeó? Unos muchachos cerca de la escuela. ¿En la escuela? No. Camino a ella. ¿Y por qué te hicieron eso? No sé. ¿Cómo no vas a saber? Porque pueden. ¿Te ha pasado antes? Silencio. ¿Te ha pasado antes? Muchas veces. Pero no va a responder que sí” (64). Aquí la forma de violencia ha dejado marcas en el cuerpo y nos podemos dar cuenta de que esto ha pasado muchas veces. Para Emanuela Jossa:

La precariedad y la vulnerabilidad de los cuerpos expresan las relaciones de fuerza que los atraviesan, señalan un mecanismo incesante que los plasma y los determina con una violencia circulante, múltiple, feroz. Son cuerpos afectados. Y es justamente de la afeción de estos cuerpos que emana la capacidad de trans-

formación, la posibilidad de resistencia y de un espacio de reciprocidad diferente. (289)

Esta forma de resistencia de la cual habla Jossa, comienza a darse a conocer en el capítulo “ELLA”, cuando conocemos por primera vez a Jasmine. Es en este momento que el relato comienza a demostrar mayor fragmentación, lo que va a marcar la pauta de la narración hasta el final del libro. Para Ruiz, “mediante la fragmentación del sistema es posible la visualización de las subjetividades y los grupos que constituyen la diferencia” (94). Y es que la experiencia transliteraria, como expresión de transición, comienza justo en el capítulo denominado “ELLA”. Por lo que la flexión de género, para dar a entender la construcción de ideologías sobre las identidades subjetivas de ciertos sujetos, se hace presente al utilizar el pronombre “ella” como recurso literario para comprender el tránsito de la identidad de género de él/la protagonista. Esto lo podemos leer en el siguiente fragmento de la novela cuando él/la protagonista mantiene un diálogo con su hermana: “Te ves preciosa, le dice, le pasa el dedo por los cabellos tan parecidos a los de su madre. Preciosa. Es la primera vez que alguien se lo dice. Se sonroja. ¿Qué? Habrías sido una chica muy linda. ¿Lo dices en serio? Siempre lo has sido. Sabes que siempre me han golpeado por eso.” (80)

Acá podemos leer cómo a partir de la voz narrativa de la hermana y su forma de describir la corporalidad de Jasmine, es que el/la protagonista se siente preciosa y se siente segura de denominarse a sí misma como mujer, es decir, su hermana le da a Jasmine seguridad y confianza.

Por otra parte, la experiencia performática cómo una resignificación de la identidad de el/la protagonista en torno a su subjetividad se da mediante el uso del maquillaje. Esta resignificación la podemos encontrar en

dos escenas en las cuales se ve la incidencia que ejerce el género como disparador de violencia. Es así como podemos leer lo siguiente en el intercambio de palabras entre el/la protagonista y su pareja: “Es algo que quiero. ¿El qué? Eso. Maquillaje. Le dijo Ni se te ocurra cuando le señaló una paleta de colores y se lo llevó de la mano. A la fuerza [...]. Le dijo que una cosa era que se acostara con hombres y otra muy distinta que se embadurnara la cara.” (86)

En esta parte del relato, podemos leer cómo el deseo de maquillarse es violentado por un hombre que ejerce su fuerza sobre el protagonista, mediante el uso de las palabras y las acciones, avergonzando y dañando el lado femenino del protagonista, de esa forma, se evidencia el uso subjetivo de la violencia.

En la siguiente escena, cuando la protagonista habla con su sobrina, podemos leer lo siguiente:

Eres una princesa y extendió su mano para tocarla. Jasmine dobló las rodillas para dejarse abrazar por la regenta de la fiesta, que le dijo Te amo, tío. Él le dijo Yo también. No lloró para que el maquillaje no se corriera [...]. Era una manera de ser menos él y más una flor [...] una vía para que la gente no notara los golpes que todavía no habían sanado. (95)

El relato ya ha llegado al punto en que podemos denominar a la protagonista como Jasmine, es decir, durante el relato ha existido un tránsito desde lo masculino a lo femenino. Este tránsito lo podemos asegurar en la afirmación que hace la protagonista cuando dice “era una manera de ser menos él y más una flor”. Si nos detenemos en esa frase, podemos sostener que la protagonista se siente segura y se siente más ella como Jasmine, es decir, él (su lado masculino) es el violentado durante

todo el relato, pero ella (su lado femenino) es libre, no corre peligro y no demuestra los golpes.

En el capítulo “USTEDES”, cerramos un círculo pues la protagonista va a ver a su madre, pero vestido con apariencia de mujer: “¿Vestido de mujer? Era como mejor se sentía. Había considerado presentarse como ella lo conoció, como había subido al avión y lucía en el pasaporte, pero pidió mejor se detuvieran en alguna parte para arreglarse un poco [...] parecía una chica de las que caminan por ahí.” (144)

La protagonista se siente orgullosa de ser Jasmine y no teme demostrar, a partir de su corporalidad, quién verdaderamente es. De esa forma, el relato deja de ser violento para el sujeto principal transformándose en una narrativa que representa lo transgénero y lo *queer* desde el orgullo.

En síntesis, Claudia Hernández mediante el juego de pronombres, las distintas voces actorales y narrativas, el uso de la fragmentación en la obra y la representación de un cuerpo afectado, logra contar la historia de un personaje que transita por la violencia física y verbal, terminando el recorrido en una resistencia sobre la identidad de género y consiguiendo una nueva forma de convivir y vivir en la sociedad.

De esa forma, a partir del análisis de la obra se puede interpretar la novela *El verbo J* como una narrativa de contestación, que utiliza la articulación del viaje del inmigrante, la violencia desmedida y la libertad de género, como parte de un discurso narrativo mediado por las corporalidades de sujetos sufrientes que reconfiguran sus subjetividades.

Imagen de este archivo: fotografía de Robert Mapplethorpe.

Bibliografía

Álvarez, Braulio. *Terminología de Gérard Genette*. Documento pdf. (2024), pp. 1-10.

Butler, Judith, and Patricia Soley-Beltrán. *Desbacer el género*. Paidós, 2006.

Hernández, Claudia. *El verbo J*. La Pollera, 2019.

Jossa, Emanuela. “El verbo afectar: afectos y discreción en *El verbo J* de Claudia Hernández”. *Altre modernità* 24, 2020, pp. 285-305.

Reyes, Sebastián. “El viaje transliterario en la novela *El verbo J* (2018) de Claudia Hernández”. *Revista Letral*, 2022, pp. 31-47.

Ruiz, Hilda Gairaud. “Fragmentación y fronteras: la construcción de subjetividades subalternas limítrofes en la literatura de Claudia Hernández”. *Revista de Lenguas Modernas* 24, 2016.

Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, 2009.